

Las elegías de Hölderlin

Tras la experiencia de una Ilustración desigual y errática, sin unidad política, destinada a debatirse entre la revolución de los franceses y el despotismo asiático, Alemania se convirtió en protagonista de la cultura europea gracias a un movimiento de difícil paralelismo fuera de su lengua: el Sturm und Drang, movimiento del «tempestuoso» empuje que inician Goethe, Möser y Herder. Dará frutos filosóficos de prolongada riqueza, como la filosofía de Schleiermacher y Hegel, y la poesía de Hölderlin.

La Ilustración alemana, que podríamos ejemplificar con Kant, advierte un conflicto irresoluble entre razón y naturaleza. El último Kant intenta plantear una conciliación: la razón práctica. A los jóvenes del Sturm und Drang se les ocurre concretarlo más: razón y naturaleza se concilian en el lenguaje, en el movedizo lenguaje que surge de la diversidad instaurada por la torre de Babel.

Este privilegio del lenguaje tiene, a su vez, un lugar doblemente privilegiado, que es la poesía. Para los ilustrados, la poesía, lo mismo que la música, era un mero ornamento que hacía más agradable y didáctica la transmisión de las verdades que la razón explicitaba en palabras. Los «tormentosos» invierten el recorrido: el lenguaje es un vaivén entre el sujeto que habla o escribe y un velo que oculta el resplandor directo de la verdad. El lenguaje es símbolo y la invención de símbolos es la construcción del mundo que propone la poesía.

Estos símbolos son universales. Goethe esboza una Weltliteratur. Sí, la literatura es, efectivamente, universal, pero no hay una lengua universal de la literatura. Ni de otro tipo. Y cada lengua propone a su literatura un tesoro de recursos prosódicos, fonéticos, de economía rítmica, que es inherente a dicha lengua y no pasa de una lengua a otra.

Esta tensión servirá de alma a las experiencias poéticas del Sturm und Drang. Todo lo humano es universal, menos el lenguaje, que es uno de los rasgos de lo humano. La traducción se convierte, pues, en el desafío mayor y la más importante operación de la cultura. La versión y adaptación de

los griegos, tanto en literatura como en teatro y en artes visuales (Lessing, Winckelmann, el propio Hölderlin), el interés de Goethe por la literatura persa o china, las antiguas sagas germánicas y el barroco español, la curiosidad por los poemas del falso Ossian o Schiller adaptando a Gozzi, son algunos casos de brillo singular en el panorama babélico del Sturm.

Hölderlin, destinado a ser un poeta secreto hasta su redescubrimiento a comienzos de este siglo, plantea en la elegía esta doble errancia humana como signo de su universalidad. Elegía es canto de lo pasado, lo perdido, lo muerto. En cada momento hay una muerte y una incitación a la elegía. En cada traslado, hay un lugar perdido y digno de elegía. Porque es universal, el hombre echa de menos todos los rincones del universo, y la elegía es un melancólico himno de celebración al devenir, ese tránsito perpetuo del individuo que se convierte en universo.

El deambular hölderliniano no es la *Wanderung* romántica. El vagabundo del romanticismo busca la patria de origen, de la cual fue expulsado, y su queja elegíaca intenta reconstruir el camino de regreso. Hölderlin quiere volver a su aldea, para, desde ella, volver a partir hacia los lugares perdidos en el viaje y hacia los horizontes desconocidos donde se encontrará con esa parte de sí mismo que lo acecha en cada sitio. Ir es volver y retornar es partir. El no lugar es todos los lugares y el paraíso no se ha perdido: aún no hemos llegado a él.

B. M.

Elegía

Allí voy todos los días, buscando siempre al otro,
interrogando largamente los senderos de todas las tierras;
frecuento en las desiertas alturas todas las sombras,
todas las fuentes; aquí el espíritu se extravía,
allí se sosiega implorando; de igual modo huye por el bosque
la alcanzada fiera, tras la sombra protectora del mediodía;
jamás se inquieta su verde guarida
cuando aquélla, insomne, arroja su dardo a corta distancia.
No la socorre la tibieza de la luz; tampoco el frío de la noche.
Sumerge sus heridas en el agua del torrente.
La tierra le apronta sus prodigiosas hierbas.
Las brisas acallan la espuma de su sangre.

¡Oh, dioses de la muerte! ¡También a vosotros os alcanza!
Cuando decidáis destrozarse en medio de vuestra noche
al hombre esforzado que detuvisteis y conserváis en vuestro poder,
concededle que comparta con vosotros la búsqueda, la fuga, la ira,
o que obtenga un refugio para su culpa
y, entre las risas, oiga vuestro temible canto:
según su ley no basta
la alteración continua, interminable, del tenebroso reino.
(Pero que nunca puedas, oh alma mía,
habitar y soñar junto a ellos en helado sueño.)

¡Como el oro resplandeces, aún entre los muertos, día del amor!
¿No luces para mí en la noche, imagen de tiempos luminosos?
Sed bienvenidos,
amables jardines, montañas crepusculares,
y vosotros, silenciosos senderos del bosque,
y también vosotras, estrellas que todo lo veis
y que tantas veces me acordasteis miradas de bendición,
y también vosotras, amantes, bellas hijas de la primavera, calladas rosas,
y vosotros, lirios, a quienes tanto invoqué—
¡Mostrad una celestial alegría! ¡Vosotros todos, fieles! ¡Vosotros todos, vivientes!
¡Oh, si alguien verdadero, luminoso, bello, estuviera cerca de mi corazón!

Los días vienen y van, un año pasa a través de otro,
dando vueltas, luchando; así se muestra, temible, el tiempo
ante la cabeza morta!, aunque no ante los ojos bienaventurados,
y para el amante hay otra vida perdurable.

Alrededor de nosotros, los días y las horas de las estrellas
y de los hombres transcurren en el placer, coronados de guirnaldas,
alegres, nobles, cual auténticos hijos del éter,
unidos en la dicha, íntimos, eternos.
Pero nosotros, juntos sin pudor, somos los pacíficos cisnes
que reposan en el lago, adormeciéndose en sus ondas,
profundas imágenes del agua que refleja nubes de plata
mientras el azul del cielo pasa entre los navíos.
Así vagamos por la tierra.

También amenazó el viento del norte, enemigo de los amantes,
y en él voló la lluvia
y se conmovió el follaje de las ramas.

Tranquilos, en paz, a solas, infantiles y santos,
sonreímos y sentimos a dios y al corazón
entre fieles discursos, luminosos cantos del alma.

¡Ah! ¿Dónde estás, entonces, amante? Me han sacado los ojos
y con ellos he perdido mi corazón.

Por ello he enloquecido y vivo como una sombra,
largamente, insensiblemente, semejante a un despojo.

No tengo a quién agradecer. El término consume al recuerdo.

Es entonces cuando toma de los labios la mejor palabra,
la palabra triste. Los sentidos me maldicen
y se vuelven contra mí, cada vez que recomienzo.

Insensible y mudo, como los niños, me he dejado estar en pleno día
y, a menudo, sólo llegó hasta mí la fría mirada del imbécil.

Como resplandor nocturno se puso en mi ardiente pecho
el sol de todo calor, infructuoso y estéril.

¡Ah, si algo nuevo pudiera conocer!

¿No hay, otra vez, plegarias? ¿No hay camino de regreso?

¿Me ocurrirá lo mismo que a otros tantos

que viven su primavera entre el anhelo y el amor

pero que, en días de ebriedad son alcanzados por vengativas parcas
y devueltos a su origen sin canto ni lamento?

Allí el reino de todos los daños, allí la cálida tiniebla,

allí el empuje de loca multitud, allí la apariencia falaz,

allí el ancho tiempo que se cuenta por heladas y sequías,

allí el premio de los inmortales que es suspiro del hombre.

¡Oh, tú, el que me tuvo hincado en la encrucijada

por consolar a la belleza! ¡Oh, tú, el mayor dios para ser contemplado,

el mayor silencioso para ser cantado! ¡Oh, tú, hijo de dioses

que enseñas a mi espíritu con tu calma! ¿Como ninguno

apareces ante mí y me saludas? ¿Como ninguno

me vuelves a hablar sobre la vida y la paz?

Debería lamentarme y sollozar ante ti, por seguir pensando
en tiempos mejores, de los cuales se avergüenza el alma.

Largamente te frecuento, andando a solas por los extenuados
senderos de la tierra, oh mi espíritu protector.

El fantasma enemigo me espanta, a menudo, de un lugar a otro,
como el viento del norte a las nubes del otoño.

Así desgarró mi vida, oh amor, y tantas cosas ocurrieron
desde que los dos anduvimos junto al tranquilo torrente.

Pero tu luz se eleva en la luz, oh heroico amor,
y en el amor te eleva tu martirio, oh celestial.

La naturaleza misma y sus melódicas musas

te cantaron canciones de cuna en el hogar nativo.

¡Ella lo es todo, aún! Errando en silencio se desliza

de la cabeza a los pies, como antes Palas Atenea.

¡Bienaventurada sea! El Orco, donde los dioses

vagan, seguros, y esparcen bendiciones, aún atemoriza al hijo del cielo
y fluye, como los inmortales mismos, dulces espíritus

cuya frente es suave y sensible.

Puedo, entonces, agradeceros, oh celestiales, y puede, otra vez,
 resonar en blando pecho la oración del cantor,
 y puedo permanecer entre vosotros y los hijos de la montaña
 sintiendo en mi cara el soplo del aire divino.
 ¡Quiero vivir aún! El sol ilumina los verdes senderos de la tierra,
 de más en más hermosos.
 ¡Ven! ¡Todo fue como un sueño! Han curado ya
 las ensangrentadas alas: todas las esperanzas, rejuvenecidas, despiertan.
 ¡Ocupa un lugar en el río infernal! Instruidos por el tranquilo amor
 buscaremos el camino hacia los dioses.
 ¡Guiadnos vosotras, horas del martirio! ¡Vosotros, dignos mancebos!
 ¡Permaneced, sagrados anuncios, fieles plegarias, formas del espíritu,
 y todos los bellos genios que conviven con placer entre los amantes,
 permaneced con nosotros, hasta alcanzar la isla bienaventurada!
 Allí los poetas del amor y los nobles en el aire paterno.
 Allí las musas y los inmortales.
 Allí, nosotros, sorprendidos, y extraños, y reconocidos, y recobrados.
 Allí, donde nuestro amor empieza un nuevo año.

Lamentos de Menón por Diótima

1

Siempre buscando al otro, voy allí cada día.
 Largamente he interrogado a todos los senderos del lugar;
 en las cavidades estériles frecuento a todas las sombras
 y las vertientes; allá se extravía el espíritu
 que aquí se aquieta implorando; así huye la alcanzada fiera
 por el bosque donde, a mediodía, la sombra es segura.
 Pero jamás se reaviva el corazón en su verde refugio;
 insomne y quejoso deja caer su dardo.
 No lo ayudan la tibieza de la luz ni el frío de la noche
 y sumerge sus heridas, una y otra vez, en las ondas del torrente.
 La tierra le ofrece la opulencia de sus hierbas mágicas
 pero bulle la sangre sin acallar a ningún céfiro.
 Tal ocurre a los amantes, tal me ocurre.
 ¿Quién podrá alejar de mi frente el triste sueño?

2

Tampoco es vuestro provecho ¡oh, dioses de la muerte!
 Si alguna vez os detenéis, preso será el esforzado.
 ¡Oh, malignos! En la siniestra noche habréis de hacerlo vuestro,
 para que con vosotros busque, huya o se encolerice,
 o habite el terrible exilio de la culpa,
 o entre vuestras risas escuche la dañina canción.
 Olvidará vuestra divinidad y se adormecerá sin un lamento.
 Ahora surge en su seno un canto esperanzado para vosotros;
 alma mía, no hay sitio aún que puedas habitar
 mientras sigues soñando con helados sueños.
 Días de fiesta no hay para mí, aunque pueda trenzar mis rizos.
 Estoy solo, pero un amigo se acercará
 y habré de reír y sorprenderme
 de mi felicidad en medio de la muerte.